

---

# LA GATA DEL SOLTERO



«Sobre todo una historia de amor,  
no sólo de gatos»

L. F. Hoffman



Ésta es la historia de un soltero que se encuentra con una gata desvalida en la puerta de su casa. Cuando decide adoptarla, su vida es un desastre: su último proyecto ha fracasado, está en bancarrota y su escultural y estúpida novia acaba de abandonarlo por enésima vez, lo que no ha hecho más que aumentar su cinismo con respecto al amor. Sin embargo, en poco tiempo su gatita se convertirá en el centro de su vida. A través de ella descubrirá el significado de la lealtad y el cariño. Incluso se permitirá comenzar una relación amorosa con una mujer que no coincide en nada con las que él considera su tipo: se trata de una chica mayor (de hecho, de su misma edad), algo rellenita y muy inteligente. Cuando tenga que escoger entre su exnovia y esa mujer, será la gatita quien le muestre cuál es su verdadero amor...



Lynn Francis Hoffman

# **La gata del soltero**

**ePub r1.1**

**Thalassa** 14.01.16

Título original: The Bachelor's Cat

Lynn Francis Hoffman, 1997

Traducción: M<sup>a</sup> Dolors Gallart

Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2



Dedicado al libro *A Fine Romance*  
de la doctora Judith Sills,  
el cual lo explica todo  
y  
a Spike, mi gato de soltero particular

La inauguración de su exposición atrajo a unas cien personas, ninguna de las cuales tenía, por desgracia, gran interés en comprar. Se trataba de unos pocos amigos, unos cuantos conocidos, algunas víctimas del aburrimiento y docenas de visitantes accidentales que escapaban de la noche de enero más fría que Filadelfia había conocido en décadas. Cuando la temperatura cayó hasta los tres grados bajo cero, la galería se convirtió en el sitio más caldeado en varias manzanas a la redonda.

El soltero recorría la sala vestido con vaqueros, un jersey negro de cuello alto y un fular de seda blanco. No parecía sentirse especialmente a gusto, ya que el poco dinero en metálico que tenía y buena parte de su aún más exiguo margen de crédito lo había invertido en los folletos, los marcos, las invitaciones y el cartel que anunciaba la muestra.

Su obra se semejaba a él; estaba formada por capas contradictorias e ingeniosas imágenes gráficas que a duras penas disimulaban una sensibilidad

irónica. Una voluptuosa mujer desnuda sentada entre antorchas de propano encendidas miraba al espectador con total naturalidad. Una docena de máscaras de Halloween de color naranja volaban sobre una playa negra rodeada de cascadas. Eran la clase de obras que, por naturaleza, estaban destinadas a malinterpretarse, lo cual efectivamente ocurría, a pesar de que el único que se asombraba era el artista.

El soltero se había mudado a Filadelfia hacía unos nueve meses, durante una primavera que parecía cargada de promesas. Aquella exposición, la pieza clave de su estrategia de promoción, había sido un fracaso desde el principio. En ningún escaparate de la ciudad le habían dejado un espacio donde colgar el carísimo cartel que mostraba el desnudo integral de una mujer que sostenía con aire distraído una ventana de guillotina que a su vez servía de marco a un gigantesco brazo de muñeca. El soltero estaba sorprendido y hasta un poco dolido

por aquel rechazo.

La propaganda enviada a las galerías de arte y a las agencias de publicidad había recibido una cordial acogida, e incluso había habido algunos momentos alentadores. Aun así, la mayoría de quienes llenaban la galería habían entrado atraídas simplemente por el calor y las bebidas. Los elogios no se traducían en ventas y la gente iba marchándose. Su novia, impaciente por las atenciones que les prodigaba a todos menos a ella, se fue con otro.

A la mañana siguiente despertó aterido en su pequeña casa adosada, ya que había apagado la calefacción para no gastar queroseno. Se puso un batín encima de la ropa con que se había ido a dormir y bajó a la planta baja. Como tenía resaca, envolvió el molinillo de café con una toalla para no oírlo y molió un puñado de los oscuros granos tostados que contenía el paquete. A continuación se tomó dos aspirinas y un comprimido de vitamina C,



y volvió a notar el frío, aunque esta vez procedía de su interior. Mientras se tomaba el café tuvo tiempo para reflexionar sobre sus incertidumbres y preguntarse qué hacía en esa ciudad, en esa casa, en medio de una carrera profesional casi estancada. También tuvo tiempo para pensar en su novia, aunque no la energía suficiente para enfadarse. El viento batía las ventanas, y cada golpe era para él como una acusación. Se quedó quieto con la taza de café apuntando hacia el sur mientras su corazón pasaba del reproche al pesar, a la tristeza y a la vergüenza.

Entonces oyó que alguien más lloraba. ¿Sería un bebé? El sonido procedía del otro lado de la puerta de su casa. El lector tal vez piense que nuestro protagonista estaba demasiado ocupado en compadecerse de sí mismo como para ir a indagar, pero se equivoca. Si bien hace mucho tiempo existían personas que no reaccionaban de inmediato ante el llanto de un bebé, en la actualidad éstas se

encuentran, como es natural, extintas, y aunque el artista podía considerarse muerto en varios aspectos importantes, su especie no estaba extinta ni mucho menos.

Al abrir la puerta notó que una ráfaga fría le golpeaba la cara, y a continuación el calor de la taza en los dedos y la tibieza del vapor del café que ascendía hasta su barbilla. El lloriqueo provenía de una gatita gris, muy pequeñita, con las orejas pegadas a la cabeza, que había buscado cobijo en su porche.

El animalillo lo vio, o quizá notó el aire un poco más caliente que salía por la puerta; en todo caso, el soltero tenía ante sí una criatura que ocupaba un lugar impensable del universo, el de los seres más desgraciados que él. Lo estaba pasando verdaderamente mal, y, suponiendo que a los gatos se les permitan tales veleidades, aquél tenía sobrados motivos para estar desesperado.

Al otro lado de la calle vio a varios hombres descargar muebles delante de una casa. «Están de mudanza y se les ha perdido la gatita», pensó. A pesar de que el viento helado le atravesaba el batín, bajó los escalones del porche, recogió a la gatita y los llamó. Obtuvo una respuesta negativa, ¡qué lástima!

—No es nuestro, tío, y no intentes endosárnoslo.

Levantó a la gata del suelo y subió con ella por los escalones. Al tenerla en brazos advirtió lo pequeña que era; apenas parecía un gato, sino una cría de especie desconocida que acabara de salir del vientre de su madre. La dejó en el escalón de arriba y retiró rápidamente la mano de la leve traza de fertilidad que llevaba consigo. Más tarde recordaría haberse fijado en las sutiles rayas claras y oscuras del lomo.

Se encontraba al borde de una fase de indecisión y tan pronto se sentía inútil como aquejado por una

anómala dureza de corazón.

No podía meter un gato en su casa así, sin más. Bueno, tal vez pudiese, si el animal quería entrar.

La gatita alzó la vista cuando él abrió la puerta. «¿Quieres entrar?», llegó a preguntarle. En aquel momento no le pareció tan ridículo como pueda parecerlo ahora. El animalito entró corriendo y él lo siguió tras cerrar la puerta para impedir el paso del frío.

Al llegar al centro de la sala de estar se puso a maullar con tristeza y él volvió a levantarlo, más impresionado por su tamaño que por su estado de necesidad, incluyendo la cola, apenas llenaba la palma de su mano. Debían de haberla separado de su madre cuando todavía mamaba. Le vino a la cabeza la imagen de un programa de televisión para niños en el que alimentaban a un pajarillo con un cuentagotas.

Tenía leche, así que le puso un poco en el

hocico, un poco en una cuchara y un poco más en un platito. Sabía que se quedaría con hambre, pero también era consciente de que no tenía dinero en casa, ni un mísero billete. Esto se convirtió en uno más de sus pesares, aunque en esta ocasión lo sentía en lo más profundo de su ser; no era un dolor frío y sordo, sino una punzada ardiente.

Tras hurgar en los bolsillos, los cajones y la rendija del sofá logró reunir un dólar con setenta y siete centavos. Se vistió decidido y se fue a la tienda de la esquina, en la que un cartel rezaba: «Paté de oferta, 1,77 dólares, 200 gramos». En otras circunstancias la coincidencia le habría hecho reír, pero aquel día le impulsó, sencillamente, a pedir doscientos gramos exactos.

Cuando abrió la puerta de la casa, la gata estaba en el medio de la sala, maullando. Nada más mirarlo y ver que la puerta estaba abierta, huyó a la carrera. La encontró debajo del sofá, lloriqueando otra vez; mediante sonidos sibilantes, y acercándole el

paquete de la tienda para que percibiera el olor del paté, logró hacerla salir de su escondrijo.

Con el paté y la leche formó una pasta que le dio con la punta de un palillo. Después le cortó las afiladas y diminutas zarpas con su cortaúñas, sin que opusiera resistencia. Al cabo de unos minutos, cuando la gatita se hubo quedado dormida, la llevó al piso de arriba, la dejó encima de su cama y la arropó con un suave jersey.

¿Qué iba a hacer con ella? Era evidente que no podía tener un gato, de ninguna manera.

No podía darle un hogar ni nada por el estilo; ¿y si tenía que irse a Estambul o le encargaban hacer un retrato en Florencia? Además, aquella gatita era de alguien... Se había perdido, tenía dueño. Por lo tanto, se trataba de una cuestión de ética.

Llamó al periódico local, el que le dejaban en el porche todos los viernes y que publicaba gratis anuncios de animales extraviados. El suyo decía así:

---

SE HA ENCONTRADO pequeña  
gatita gris.

Para reclamarla o adoptarla,  
llame al 555-0588

---

El anuncio tardaría unos días en publicarse. Mientras esperaba, observó que la gatita comía diez o doce veces al día y maullaba cuando tenía hambre. A medida que cobró fuerzas, adoptó la costumbre de ir a buscarlo para pedirle comida.

La primera noche la gatita durmió acurrucada en su axila. Era un hombre emotivo, pero nada sentimental y, por lo tanto, sabía que no buscaba el calor de su persona, sino el de su cuerpo. De todos modos, en aquel momento le pareció bien estar juntos para protegerse del frío.

La gatita se puso a dar maullidos una vez durante la noche y él le llevó comida, aliviado de que sólo

tuviera que acallar el hambre y no el pánico del animal.

A la mañana siguiente despertó con una agradable sensación de tibieza y hasta sonrió al ver los dos diminutos excrementos que había en el cuarto de baño, junto a la taza del váter. Cortó una caja de cartón, la llenó de trozos de papel de periódico y metió al animal dentro. La gatita empujó los papeles con una pata, desplazando algunos hacia atrás y otros a un lado. Como las paredes de la caja eran demasiado altas para ella, él recortó una solapa y la dobló hacia abajo para formar una rampa. Volvió a sonreír; acababa de revelarse como un ingenioso arquitecto de cajas para excrementos, y pensó que tal vez no fuese mala idea plantearse la conveniencia de dedicarse profesionalmente a ello.

Pasó los días siguientes intentando salvar algo del naufragio de su exposición. Unos cuantos clientes recibieron una invitación personal, el propietario de una galería visitó la sala, tuvo varios



encargos importantes y concluyó con éxito un retrato. Recogió la ropa que tenía en la tintorería y compró comida para gatos y queroseno para la calefacción.

Cuando la caja para los excrementos, bautizada con el nombre de Cascada, comenzó a oler, la sustituyó por una de plástico. Esta vez no recortó una puerta, ya que imaginaba que podría darle otros usos cuando el dueño de la gatita apareciese para llevársela. De todos modos, ésta había crecido lo bastante para salir saltando de la caja.

Aquella noche estaba sentado en un sillón acariciando a la gatita, que se encontraba entre sus piernas con las patas delanteras apoyadas en su muslo izquierdo. Le pasó el dedo índice entre las orejas y luego siguió por el lomo hasta la punta de la cola. La gata cerró los ojos de placer cuando le rascó el cuello y de su garganta brotó un ligero ronroneo. A él le sorprendió aquel sonido, y volvió a acariciarla para ver si lo emitía de nuevo.

Mientras tanto, se preguntaba si habría vacantes para intérpretes de gatito solista en la Orquesta de Filadelfia.

La gata respondía a sus caricias clavando las uñas en la gruesa tela de los vaqueros; entonces él paraba, le daba un pellizco en las patas y le decía que no lo hiciese.

De este modo crearon una rutina: caricia, caricia, caricia, uñas que se clavaban, pellizco, «No», caricia, caricia...

Los intervalos entre «No» y «No» se alargaron y el soltero se olvidó del animal por un rato.

Luego, poco a poco concibió la idea de que aquel momento podía eternizarse, como si el tiempo y el pensamiento quedaran en suspenso. Pero entonces recordó que momentos como aquél siempre se veían interrumpidos por algo, lo que provocó en él un estado de alerta que hizo que la sensación que experimentaba se desvaneciese. Así, con la rapidez

de una onda cerebral, el bienestar se había convertido en tristeza y de repente le pareció que no era suya la mano que hacía aquellas caricias.

Sin embargo, siguió recorriendo con el dedo el lomo de la gata, que no paraba de ronronear y de algún modo consiguió llevarlo de vuelta al presente. Entonces sonó el teléfono.

Aunque tenía motivos para averiguar quién llamaba, no quería dejar a la gata, así que la tomó entre sus manos, retiró las uñas que había clavado asustada en el pantalón, se la puso sobre el hombro y fue con ella a atender el teléfono.

La gata se debatió aferrándose a la camisa del soltero, que la acarició en un intento de calmarla y casi no prestó atención a la llamada.

Siguió llevándola sobre el hombro, y a ella pareció gustarle la postura, pues dejó de clavarle las uñas.

Al cabo de unos minutos lo llamó su novia, a quien no veía desde la noche de la inauguración. No se disculpó por dejarlo plantado y apenas mencionó al otro hombre. Él supuso que le telefoneaba para averiguar si estaba enfadado. Claro que lo estaba. El soltero se puso a gritar y ella contestó también a gritos: que si el culpable era él, que si la culpa era de ella...

Finalmente colgaron, cansados de escuchar al otro.

Al día siguiente se publicó el anuncio. El soltero recogió el periódico del porche y buscó la sección de animales perdidos. Se felicitó por ser tan buen ciudadano, confiando en que el dueño de la gata también estuviera leyendo el anuncio. Pensó que sería bonito que la gata volviese con su familia porque seguramente la echaban de menos.

Se pasó la mañana trabajando en su archivo fotográfico y por la tarde visitó una agencia de la

ciudad que hacía encargos esporádicos a artistas que trabajaban por cuenta propia. Cuando regresó a su casa, vio que la gatita echaba a correr como una loca alejándose de la puerta y se escondía debajo del sofá.

La gatita había crecido. Estaba igual de grande que la mayoría de los gatos al separarse de sus madres y presentaba todos los atributos de su especie. Hasta su cara era, inconfundiblemente, de gatita: grandes orejas, deslumbrantes ojos dorados y grandes bigotes.

Esa noche la gata se acurrucó en su regazo mientras él leía y volvió a emitir aquel maravilloso sonido. El soltero, haciendo gala de una ingenuidad considerable, lo interpretó como un regalo personal. No había nadie que le recordase que aquello era un simple ronroneo y que todos los gatos lo hacían.

Hacia las nueve de la noche sonó el teléfono. Era una agradable voz de mujer, al parecer de

mediana edad.

He visto su anuncio en el Girard Home News y quería saber si aún se puede adoptar la gatita.

El soltero dio un respingo, perplejo, y notó que un escalofrío recorría su cuerpo. Por un segundo sintió auténtica rabia contra aquella inofensiva alma caritativa que aguardaba al otro lado de la línea. ¿Iba a permitir que se llevara sin más a su gatita? Porque se trataba de su gatita, eso estaba claro, y él era su dueño.

No, gracias. Ya ha encontrado un hogar respondió, conteniéndose a tiempo.

Al cabo de unos días, un amigo que estaba al corriente del asunto de la gatita le preguntó si de veras iba a quedársela.

—Sí —contestó, pensando en su antigua novia y en la que la había precedido—. Quiero comprobar si puedo mantener una relación estable sin acabar

fastidiándola.

De algún modo, aquella gatita conseguía conmoverlo.

El entusiasmo por su trabajo volvió de forma gradual. Recibió un par de buenas críticas; luego, un cheque y más tarde dos. Su novia también volvió, y aunque no se mostró demasiado impresionada con la gatita, consiguió que él se sintiese nuevamente conmovido.

La mujer señaló que era una gatita muy vulgar y les contó a sus amigos que su novio había «recogido un gato callejero». Se burlaba de él cada vez que abandonaba la cama temprano para ir a su casa a dar de comer a su mascota. Él intentaba compartir con su novia aquel motivo de alegría, convencerla de que disfrutara con él de aquella preciosidad, pero la idea que tenía ella de sentirse alegre no era oírlo llamar «preciosidad» a otra criatura, e incluso le dijo que le parecía curioso que hubiera «encontrado

otra hembra» justo un día después de su última ruptura.

A pesar de la mala disposición de su novia con respecto a la gata, se sentía muy feliz con su regreso, aunque también un poco angustiado. Había llegado a considerarla su Bendición Dual, e incluso la presentó con este apodo en una ocasión. Tenía un rostro exótico, mezcla de europea y asiática, con pómulos altos y ojos de mirada feroz. En su cuerpo, menudo y extraordinariamente sensual, quedaban reflejados los buenos cuidados que su dueña le brindaba: curvas uniformes y músculos fuertes. Era una mujer comprensiva y sensible, aun cuando había dejado de ser bondadosa. El tiempo y los desengaños la habían convertido en un ser mercenario, como si después de aprender a navegar por el alma humana, se hubiera enrolado en un barco pirata.

Él todavía era un romántico, lo cual constituía, según descubriría más adelante, la receta segura



para futuras decepciones. Su relación se regía por un particular ciclo amoroso: durante una semana o dos, o tal vez un mes, estaban muy unidos y vivían un apasionado romance; entonces ella encontraba a alguien capaz de mitigar sus miedos, alguien que no era joven ni creativo ni estaba sin blanca. Siguiendo los dictados de sus miedos, hería el corazón de su novio, pero el tipo más rico y entrado en años sólo la quería para un rato, así que ella y el soltero volvían a hacer las paces entre lágrimas y besos. Él, que se sabía de memoria el ciclo, acabó por creer que la infidelidad de su novia era su válvula de escape ante la intimidad. En los períodos sin ella buscaba la compañía de otras mujeres.

El soltero y la gatita se habían acomodado en su sillón. Mientras él leía, ella intentaba acaparar su atención empujándole con el hocico la mano con que sostenía el libro. Entonces llamaron a la puerta; dejó el libro sobre el cojín y fue a abrir. En ese momento, la gatita saltó al brazo del sillón y le lanzó una

mirada. Él volvió la cabeza hacia ella con la intención de dirimir la cuestión sobre si los libros servían para leerlos o para arañarlos.

La gata no lo miraba con su habitual aire de divertida fascinación. Se notaba que estaba perturbada por su forma de sacudir la cabecita y por las ondas espasmódicas que recorrían todo su cuerpo. Estaba asustada, dedujo el soltero con desconcierto. Al abrirle la puerta al repartidor de periódicos, huyó frenética a buscar refugio debajo del sofá.

Al cabo de unos minutos él se tumbó en el suelo intentando distinguir la gata de las bolas de pelusa que plagaban su escondite.

—Sal, cielo. Sólo era el chico de los periódicos... Aunque tenga espinillas no te hará nada...

En ese instante lo entendió todo: tenía miedo de estar fuera, helada y llorando.

Él sabía muy bien lo que era estar asustado, y la ayudaría a superarlo. El primer paso, decidió, era ponerle un nombre. ¿Cómo iba a sentirse segura si ni siquiera tenía un nombre? Debía ser un nombre contundente, nada de *Fluffy*, *Max* ni *Annabelle*, sino femenino, aunque no por ello empalagoso. Tiger no estaba mal, pero quedaba un poco impersonal, y Duke sonaba demasiado serio. *Frankie*; sí, *Frankie*... fuerte, firme, el nombre de alguien en quien se puede confiar, ideal para compartir risas y abrazos. La buena de *Frankie*.

Cuando hubo salido de debajo del sofá, la tomó en sus brazos y se puso a acariciarla al tiempo que susurraba:

—*Frankie... Frankie... Frankie.*

Canturreó el nuevo nombre mientras le preparaba la comida y ella movía la cola al compás de la melodía.

En el dormitorio, tras cerciorarse de que lo

había seguido, formó una pelota con un calcetín y la agitó ante ella, volviendo a repetir su nombre. La gata se acercó a él de un saltito.

En cuestión de una semana más o menos, «*Frankie*» había pasado a ser la palabra que significaba comida, caricias y diversión, de manera que era natural que al oírla acudiese a comprobar cuál de aquellas atenciones le esperaba.

Sus amigos se mostraron sorprendidos, porque nunca habían creído que los gatos acudiesen cuando se los llamaba. Él aceptó los elogios en nombre de la gatita, pero se negó rotundamente a admitir que tenía «buena mano con los animales». Sin embargo, cuando estaba solo y lo recordaba, se tronchaba de risa.

Entretanto, la gatita iba domesticándolo. El solterón se sentía muy orgulloso del eficiente método que empleaba para separar las basuras. Ponía las bolsas de papel (forradas de plástico por

dentro) que le daban en las tiendas derechas al lado de la encimera de la cocina, que había hecho él mismo. Así, las sobras y los papeles iban directos a la bolsa, y cuando ésta se llenaba, él ataba las asas de plástico.

Las bolsas llenas aguardaban en hilera en el porche trasero hasta el día en que pasaban a recogerlas, momento en que las apilaba con cuidado en la acera. Al soltero le gustaba la faceta ecológica de aquel sistema: para deshacerse de los residuos no era necesario generar otros.

A la gatita le encantaba el método. Siempre había algo que olía de maravilla y que podía sacar golpeando y arañando las bolsas. Así encontraba sobras deliciosas y cosas con las que jugar. Ni siquiera ponía reparos a los residuos del café que se desparramaban por el suelo y se le pegaban a las patas.

El soltero tardó alrededor de una semana en

reconocer que tenía que comprar un cubo de basura, un trasto feo, aparatoso y de plástico. O sea que, rezongando sobre la cuestión de los combustibles fósiles al tiempo que pasaba a engrosar el ejército de rutinarios burgueses, llevó a rastras hasta casa un monstruo de más de cien litros de capacidad provisto de tapa.

El soltero se sentía orgulloso de su creciente amistad con la gata, aunque ésta todavía echaba a correr al oír el sonido de la llave en la cerradura. Había diversificado sus escondites, de modo que cuando oía aquel temible chasquido buscaba cobijo en el que tenía más cerca. Si bien a él ya no le costaba tanto hacerla salir, le sabía mal por ella, porque sabía que tenía miedo de que la abandonasen a merced del frío. Deseaba que comprendiera que regresar a casa significaba algo cálido y acogedor.

Un día, después del equinoccio de primavera y antes de principios de abril, el soltero pensó que había hecho ciertos progresos. Era un día cálido en

el que soplaba un fuerte viento. El contraste entre la atmósfera cargada de su casa y el fresco aroma a tierra húmeda del exterior lo llevó a tomar medidas domésticas. Con la gata encaramada en el hombro subió a la última planta de la vivienda, la segunda, y tras abrir todas las ventanas sintió que el aire se renovaba.

Le hablaba a su mascota con dulzura, repetía su nombre y se detenía para acariciarla después de abrir cada una de las ventanas. Ella se aferraba a su hombro cada vez que se inclinaba y enderezaba, intrigada aunque sin miedo. En la primera planta se bajó de un salto y estuvo jugueteando con un calcetín hecho una bola.

Él volvió a colocarla en su hombro y continuó abriendo ventanas.

Al llegar a la planta baja, el soltero se sintió sumamente complacido. Habían vencido ese miedo al exterior; lo único que necesitaron para ello fue

adoptar el enfoque correcto. Comenzaba a creer que tal vez tuviese un don especial para con los animales.

Cuando abrió el ventanal que daba a la calle, se rompió el hechizo. El animal bufó, salpicando de saliva el marco de la ventana. Con las uñas clavadas en el hombro del soltero, hizo amago de saltar hacia la izquierda, aunque finalmente lo hizo hacia la derecha. Después de darse un buen golpe contra el suelo por calcular mal el impulso, continuó resbalando un trecho con la cara pegada al suelo y nada más recuperarse, se fue directa al sofá. Tardó una hora en salir de debajo de él.

Los momentos que el soltero pasaba con su novia eran ardientes, abrasadores. Ahora todo era diferente, y quería que su existencia transcurriese en la apasionada espiral de aquel amor. Era la cuarta o quinta vez que retomaban su relación. Aunque pensaba que a esas alturas ya debería estar acostumbrado. Con cada reconciliación sus



sentimientos eran más intensos, y con cada separación, mayor la pena. Esa noche, mientras acariciaba a la gata, el soltero deseó que las cosas fueran igual de simples con su novia, y se preguntó por qué no podía unirlos un placer apacible, como el que experimentaba aquel animal, en vez de dejarse arrastrar por una pasión que los consumía. Después se le ocurrió pensar que tal vez las comedias románticas debieran su mala fama a ideas como ésta.

Otro día de primavera, cuando las flores de los cerezos ya habían caído y se gestaba un importante renacer, el soltero se tomó un día libre entre semana para ir a pescar truchas a la montaña con dos amigos.

Partieron de madrugada y al amanecer molestaron un rato a las truchas. A eso de las diez dieron cuenta de los bocadillos de pimiento rojo con lonchas de queso provolone y salami que habían llevado y se felicitaron por lo listos que eran al tener un trabajo que les permitiera tomarse un día

libre. El solterón pensó un par de veces en lo mucho que habrían disfrutado él y su novia en aquel río.

Al volver a casa, despertó a la gata, que estaba haciendo la siesta; oyó el ruido que hacían sus uñas en el entarimado mientras corría hacia su escondite habitual. Así que se puso a dar golpes delante del sofá con la caña de pescar. Primero lo hizo lentamente.

Tap.

Tap... taptap... taptaptap.

De las sombras del escondrijo asomó una pata: tanteó en el aire, taptap, y ¡zas!, un zarpazo veloz.

Taptaptap, y la gata se escabulló.

El soltero alejó unos centímetros la caña del sofá: taptap.

La gata soltó un nuevo zarpazo que alcanzó la caña.

Inmovilidad total.

El soltero se echó a reír y la gatita, preocupada todavía por la gravedad del asunto, se paró en seco junto a su presa. Entonces alzó la vista hacia él, apartó la mirada, permaneció quieta por un instante y se alejó con paso airado.

De pronto el soltero tuvo una idea. Al cabo de un par de minutos volvió con la caña de pescar; tras quitar el carrete, había atado en el soporte un cordel de cáñamo marrón, que procedió a introducir en las guías. Del extremo de la caña había dejado colgando unos veinticinco centímetros de cordel. A continuación preparó el cebo, consistente en un ovillo de cordel que confeccionó valiéndose del pulgar y el índice como puntos de apoyo. Sujetó el ovillo en el centro con unas cuantas vueltas de hilo, formando un ocho. Después cortó algunos de los bucles cerca del centro de la atadura, con lo cual quedaron colgando los cabos, deshilachados y hechizadores. Sólo le quedaba atar el cebo a la

punta del sedal.

Se acercó con sigilo, descalzo, y con la mano izquierda apartó un trozo de cordel, por lo que el cebo quedó más próximo a la punta de la caña. Aguardó hasta que la gata miró hacia otro lado para arrojar el cebo de modo que cayera un poco alejado de ella. La gata retrocedió de un salto y en un abrir y cerrar de ojos se abalanzó sobre el cebo, pero éste se alejó veloz de sus zarpas mientras ella resbalaba con torpeza por el suelo. Después de que el soltero levantara unos centímetros de cordel sin llegar a mover la caña, la gata alzó la vista, calculando la distancia y las posibles vías de escape.

El cebo descendió; ella saltó, se dobló en el aire y tras fallar en el intento, aterrizó de modo algo patoso para un gato, arrancando un ruido sordo del entarimado. A continuación, el cebo se alejó a ras del suelo y ella lo siguió a la carrera, resbalando sólo un par de veces.

Por la evolución de las sombras él supo que había pasado largo rato jugando, aunque le hubiese parecido que el tiempo no transcurría. Aquello le recordó la sensación de atemporalidad que experimentaba en los cauces de los ríos trucheros.

Ya se iba acercando la hora de que su novia volviera a dejarlo. El verano estaba a punto de llegar, y con él la perspectiva de hombres con atractivas casas en la costa e incluso posibles viajes a Europa. El soltero se preguntaba si ella se tomaría la molestia de provocar una pelea o sencillamente se limitaría a anunciar que necesitaba «un poco de espacio para sentirse realizada».

A veces pensaba que ella tenía un termostato interior que hacía que cuando el amor de él alcanzaba un determinado grado de ardor, se accionaba el interruptor que cortaba el circuito entre los dos. Otras veces el soltero tenía la certeza de que él no intervenía para nada en el proceso.

Así pues, cuando ella canceló los planes que tenían para pasar un fin de semana en el campo, no lo pilló por sorpresa. El jueves anterior le dijo que iba a emprender un viaje con su amiga, aún no sabía adónde. Por lo visto, lo que habían acordado ya no le resultaba atractivo. ¿Y las reservas de las habitaciones? Bueno, si él no las necesitaba, tal vez pudieran aprovecharlas ella y su amiga. Seguramente tardaría un poco en devolverle el dinero... Lo lamentaba, pero él comprendía la importancia de ser consecuente con los propios sentimientos, ¿verdad que sí? Casi la admiró por su habilidad, aunque durante las siguientes semanas, se sintió triste y un poco avergonzado.

Lloraba de vez en cuando, más a menudo de lo que cabría sospechar, casi siempre sosteniendo la gata en brazos. A veces, cuando se sentía triste iba a buscarla; otras, ella acudía al oír sus sollozos. Como es lógico, el soltero era consciente de que la gata identificaba sus lágrimas con las caricias y

arrumacos que recibía, pero de todas formas quería creer que ella percibía algo más.

Lo peor de todo era que ya ni siquiera podía fingir que amaba a su novia, por mucho que se lo repitiera a ella y se esforzara por sentir que era cierto. Por la noche, cuando se hallaba a solas, reconocía que había llegado a necesitarla para disfrutar de la vida y que la fuerza gravitatoria que lo mantenía girando en torno a ella no era el amor sino la necesidad.

Pasó la primavera y llegó el verano. El soltero trabajó lo suficiente para pagar las facturas y ocupó su tiempo con amigos y proyectos. Salió con unas cuantas mujeres que conoció en el bar de su barrio y comenzó a pintar una nueva serie de cuadros para otra exposición. De vez en cuando se encontraba a alguna amiga de su novia. Unas le ofrecían esa falsa piedad que suele reservarse a los tipos patéticos e inofensivos a la vez. En otras ocasiones, algunas de las que se mostraban más bondadosas acababan

saliendo con él. La gata seguía subiendo a su cama todas las noches, aunque esperaba a que el colchón dejara de moverse.

Las noches en que dormía solo se acomodaba sobre su pecho y adoptaba una postura de esfinge, justo en el borde de la sábana. Cuando el soltero despertaba por la mañana se la encontraba mirándolo, con el hocico a escasa distancia de su nariz. De vez en cuando, tratando de imitar la voz gangosa de Rex Harrison, cantaba: «¿Por qué las mujeres no pueden ser como los gatos?» Intuía que había una relación profunda entre sus experiencias con las diferentes mujeres. Sabía que podía extraer alguna lección de todo aquello, pero la rehuía con aprensión. A duras penas logró llegar a la conclusión de que le gustaba a la gata pero no a su novia, y eso fue todo lo que sacó en claro.

Ya se había convertido en el dueño de la gata con todas las de la ley. Advirtió que la gente solía atribuir a los dueños de gatos los tópicos más



estúpidos relacionados con estos animales. Las cosas sucedían más o menos así: alguien se enteraba de que tenía un gato y comentaba con tono despectivo: «Los gatos son demasiado distantes». En ocasiones, un tipo que había leído un libro de psicología de principio a fin señalaba: «Debes de ser una persona muy reservada».

En su estreno como dueño de un gato, replicaba, discutía e incluso se ponía a relatar anécdotas sobre su gatita. Por fortuna, se contuvo antes de convertirse en un pelmazo consumado. Para cuando hizo los votos definitivos como dueño, se había resignado a sonreír y callar cada vez que surgía el tema. Entonces comprobó, sorprendido, que en cuanto dejó de defender a la gata sus amigos le tomaron el relevo. Sabía que de aquello también se podía extraer una lección, pero una vez más, le faltó la energía para desentrañarla.

Aquel verano su centro de relaciones fue un bar del vecindario. El local reunía prácticamente todos

los requisitos: una decoración que en poco tiempo más resultaría anticuada y una clientela que aún podía considerarse joven. Se dejaba caer por allí casi todas las noches, hasta el punto de que la gente le dejaba recados, y a veces se marchaba del bar en agradable compañía. A excepción de las noches en que su novia atravesaba la ciudad para presentarse rodeada de admiradores, era un sitio francamente acogedor.

Los martes tocaba una banda de blues. Un miércoles el soltero coincidió allí con un joven conocido suyo. El chico llevaba una flauta en una funda, ya que esperaba participar en el concierto, deseoso tal vez de mantener viva, en un contexto renovado, la larga tradición de su instrumento en la historia del blues. Entraron juntos mientras la banda ocupaba el escenario y vieron un grupo de mujeres situadas en la zona central de la barra, que reían y charlaban. Al parecer habían decidido disfrutar de su mutua compañía y prescindir de los hombres al

menos por esa noche.

No obstante, como nunca se sabe, el soltero y el flautista de blues se apostaron cerca de ellas y les dirigieron unas sonrisas que invitaban a confraternizar.

Las mujeres siguieron formando un corro cerrado, retenidas en el mismo lugar por una especie de magnetismo. El soltero y su amigo pidieron algo de beber. En el espejo que había detrás de la barra el soltero vio reflejadas algunas miradas de aprobación, un par de codazos, una cabeza que asentía y una barbilla que los señalaba, indicios del posible despegue de un cometa en busca de la libertad.

En cuestión de minutos, mientras los músicos ajustaban los amplificadores y afinaban las guitarras, el soltero y el flautista notaron que las mujeres habían cambiado posiciones.

Una de ellas, de mejillas regordetas, expresión

sonriente, ojos verdes y cabello castaño claro, se había ubicado al lado del segundo, con quien se puso a charlar tras saludar con la cabeza al soltero. Éste dictaminó que se trataba de una mujer adulta (debía de tener su misma edad, poco más o menos) resuelta a enseñarle un par de cosas a un muchachito.

El soltero estuvo escuchándolos un rato. Pocas frases le bastaron para entrever la personalidad de aquella mujer. Era tan desenvuelta como inteligente, y divertida sin dejar de ser sensata, pero al parecer el muchacho de la flauta no la consideraba su tipo. El soltero decidió que continuaría un poco más en su papel de espectador y luego se presentaría para intentar entablar conversación con alguna de las amigas de la mujer que fuese más delgada que ella.

Según escuchó, aquella mujer era originaria de Filadelfia, pero había estado viviendo por un tiempo en Los Ángeles y acababa de volver a su ciudad. Cuando el muchacho le preguntó si le gustaba

California, ella comentó que en todas las casas había aparatos de gimnasia, pero no vio demasiadas estanterías con libros. El soltero volvió a sonreír. Aquella pareja no tenía futuro. En cuestión de un par de frases más ella perdería interés por el chico y volvería con sus amigas.

Al soltero no le gustaban especialmente las mujeres regordetas; prefería los cuerpos prietos y atléticos. Le encantaba la vida al aire libre, las caminatas por el bosque con una mochila llena de vino, queso y pan, pero aquella mujer era de las que hacían las excursiones en el sofá, con un paquete de galletas de chocolate al alcance de la mano. Aun así, él seguía disfrutando de su conversación, en la que abundaban observaciones divertidas, y por primera vez en mucho tiempo advirtió que sonreía por el mero placer de escuchar a una mujer.

Al mirar alrededor, localizó un pequeño cuenco de madera con cacahuets salados: la excusa perfecta en cualquier bar. Hizo suavemente a un lado

al flautista, se presentó y le tendió el cuenco a la mujer, diciendo:

—El caviar me lo he dejado en casa. ¿Puedo ofrecerte esto mientras tanto?

La mujer se echó a reír y él propuso que los tres fueran en busca de una mesa para escuchar la música con más tranquilidad, porque junto a la barra había cada vez más gente. El chico murmuró algo relacionado con su flauta, y se marchó. Ya sentados a la mesa, el soltero y la mujer se pusieron a intercambiar chistes y en un par de minutos ella ya había detectado dos de sus prejuicios predilectos. Dedicaron unos segundos a mirar a una mujer que, apoyada contra la barra, jugueteaba con un larguísimo collar de perlas.

—¿Crees que les habrá puesto nombres a todas?  
—preguntó la mujer.

—¿Qué nombres les pondrías tú a las perlas? —  
preguntó a su vez el soltero—. ¿Donald y Daisy?

—Sí... o Laurel y Hardy.

Aquella sucesión de réplicas más o menos ingeniosas se parecía más a un intercambio de cartas credenciales que a una conversación real, pero funcionó. Cambiaron impresiones. En lo que se refería al vino californiano y el ejercicio al aire libre, él estaba a favor y ella en contra. En cuanto a los perros pequeños, la comida basura y la televisión, al revés.

Compararon con sinceridad sus actitudes: ella fue a la universidad en busca de conocimiento; él, para prolongar su adolescencia. Él prefería el centro; ella, las afueras. A él le gustaba el cambio de marchas manual; a ella, el automático. Sin embargo, la mayor parte del tiempo se lo pasaron riendo. A él se le daba bien hacer reír a las mujeres (durante años había sido su arma principal para seducirlas). Ella también demostró tener un gran sentido del humor, lo cual supuso una experiencia totalmente nueva para él.

Cuando la banda comenzó a interpretar la primera canción, un hombre se acercó a la mesa que ocupaban el soltero y la mujer para invitar a ésta a bailar, pero ella declinó el ofrecimiento. Mientras la mujer explicaba lo malcriado que era el viejo Yorkshire terrier de sus padres, el soltero pensaba que perros y gatos jamás se llevarían bien, lo cual tal vez pusiese límites a lo que pudiera surgir entre ellos dos. Más tranquilo, volvió a concentrarse en la conversación.

La música sonaba tan fuerte que apenas si se oían. La única alternativa era bailar o marcharse, y él optó por lo primero. El soltero bailó con entusiasmo, sin inhibiciones; la mujer, con desenfreno, como una serpiente rechoncha en celo.

Cuando cerraron el local, él la acompañó a casa en su coche. No era de las que pasaban la noche con un hombre el primer día, así que estuvieron charlando y besuqueándose en el coche, hasta que él



empezó a sentir que la fatiga vencía a la lujuria, y resolvió marcharse, no sin antes apuntar el número de teléfono de ella y proponerle que cenaran juntos al día siguiente.

El soltero despertó confuso. Lo asaltó la absurda y desagradable idea de que si continuaba viendo a aquella mujer, acabaría casándose con ella porque por fin había encontrado a alguien de su edad con quien pasárselo bien. El que fuese compleja, interesante y divertida hacía que a su lado él se sintiese como en compañía de la gata. Cuando hablaban, estaba totalmente pendiente de la conversación, en vez de mirar alrededor en busca de un hombre con más dinero o más agraciado. Aunque también era posible que se casase con ella por la sensualidad que había advertido en sus ojos. Parecía la clase de persona que mantenía sus promesas.

El único inconveniente era que estaba demasiado rolliza —tal vez pesara incluso más que él— y a él le gustaban las mujeres esbeltas.

De todas formas, tenía una especie de aura, una chispa carnal en la mirada y en la forma de hablar...

Aquella mujer no querría, ni podría, comportarse como su antigua novia, decidió él, pues era lo bastante inteligente para saber que no tenía por qué intrigar a cada minuto.

No estaba mal, pero tampoco estaba bien, ni de lejos.

La descabellada idea de casarse con una mujer gorda, aunque divertida, lo angustió y le hizo pensar en su antigua novia. Se dijo a sí mismo que ninguna mujer conseguiría que dejara de echarla de menos, pero lo que de verdad echaba en falta era el dramatismo de su relación, así como a las mujeres que aparecían en su vida entre ruptura y ruptura.

El soltero se pasó el día hecho un lío, dándole vueltas al asunto. Puso la tarjeta de la mujer encima de la cómoda, la miró media docena de veces, pero

no la llamó. Esa noche salió con unos amigos, con quienes fue a los lugares que tiempo atrás frecuentaba con su novia. Dejó desconectado el contestador automático.

Al cabo de unos días la llamó. No habría sabido explicar por qué lo hacía ni por qué no la había llamado cuando tenía que hacerlo.

La mujer se mostró fría e indiferente, como si ni siquiera se hubiera molestado en enfadarse con un tipo que le había dado plantón. Él intentó, sin saber el motivo, ganarse nuevamente su confianza. Probó mostrarse encantador; luego ingenioso. Cuando pasó a la autohumillación, ella se ablandó. Al llegar a las promesas extravagantes, cedió y aceptó verlo la noche siguiente.

El soltero colgó el auricular y permaneció inmóvil y confuso por un instante. En un momento más propicio a la reflexión, tal vez hubiese descubierto la verdad. Lo cierto era que había

llegado a sentirse cómodo con su vida sentimental: ruptura, reconciliación, y entre una cosa y la otra mucho tiempo para desfogarse con atractivas desconocidas. Algunas personas habrían hallado paralelismos entre su rutina sentimental y los deportes televisados. Le proporcionaba dramatismo, pasión, variedad y muy poca responsabilidad.

Ahora, aquella mujer ponía el ciclo en peligro.

Lo sacó de su estupor la emoción de un proyecto: ¡una velada seductora! También le entusiasmó volver a tener la oportunidad de hablar con ella. Advirtió que hacía mucho que no estaba con nadie cuya conversación le estremeciese tanto.

Durante el día no paró de llover, y la noche era muy fría, por lo que parecía más propicia para los amores consolidados que para una primera cita. El soltero temía que ella no se presentase; pero finalmente llegó, veinte minutos más tarde, y con actitud despreocupada le dio un apretón de manos y

un ramo de tulipanes.

La mujer se sentó en un taburete de la cocina mientras él se afanaba con un risotto y, de paso, se disculpaba. Ella dirigió su atención al risotto y procedió a explicarle la historia de otro soltero al que había conocido tiempo atrás. Aquel individuo estaba tan enamorado de su arte culinario que con toda probabilidad pasaba mucho tiempo degustando a solas los platos que preparaba. Así, bien avisado de la necesidad de ser moderado, él continuó removiendo el contenido de la cazuela, dejando que el hogareño aroma del caldo y el olor sensual de los condimentos hicieran su trabajo.

Al cabo de media hora acabaron el cremoso plato de arroz y la mujer se puso a jugar con un champiñón pinchado en el tenedor. La gata, que aún se escondía ante la llegada de desconocidos, salió muy campechana de debajo del sofá y saltó al regazo de la invitada.

—Hola, bonito —saludó la mujer—. ¿Cómo se llama?

—*Frankie* —respondió el soltero—, y es hembra.

—Hola, *Frankie* —dijo la mujer al tiempo que buscaba con los dedos un punto mágico entre las orejas de la gata—. Eres muy guapa.

Comenzó a rascarle la cabeza y la gata hizo presión contra sus dedos, con los ojos cerrados y un ronroneo cada vez más audible. Ella murmuró algo que el soltero no consiguió entender, antes de dirigirse nuevamente a él. Otras mujeres le hablaban de la gata como excusa para entablar conversación; aquélla le hablaba directamente a *Frankie*.

—Te ayudaría a quitar los platos —dijo ella al fin—, pero como puedes ver tengo a tu gatita en el regazo.

De vuelta en la cocina, el soltero acabó de

ultimar los preparativos. Los tallarines con marisco se cocían en su salsa. En un par de minutos preparó al vapor las largas y finísimas judías verdes y las dispuso en los platos, las aliñó con vinagre y mantequilla aromatizada, y abrió el vino. Aún no tenía claro si su estrategia de seducción estaba dando sus frutos.

Escogió un pinot noir suave con la esperanza de suscitar algún comentario acerca del hecho de que sirviese pescado con vino tinto, pero a la mujer no pareció importarle, y bebió un sorbo, por mera cortesía, antes de pedir un vaso de agua.

De postre había crepe de chocolate relleno de frambuesas frescas con un chorrito de vainilla líquida por encima. La mujer dio cuenta de la suya sin decir palabra, aceptó una segunda ración y se la comió en silencio, como la anterior.

Después de retirar los platos del postre, él propuso pasar a la sala de estar para tomar una

copa. Mientras la acompañaba hasta el sofá, llamó a la gata con un «*Frankie...* Ven, bonita...», y cuando tomaron asiento allí estaba ya la gatita, frotándose el hocico con la pata.

—¿Cómo le enseñaste a hacer eso? —preguntó la mujer, visiblemente impresionada.

—Muy simple; me aseguré de que siempre que oyera su nombre lo relacionase con algo bueno. Supongo que así es como acabó por aprender. Ahora, cuando la llamo sabe que recibirá algo que le va a gustar. ¿Acaso tú no harías lo mismo si supieras que iban a darte comida y caricias cada vez que pronunciaran tu nombre?

—Imagino que sí, aunque me parece que eso funciona mejor con los animales que con las personas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no te has fijado en que algunas



personas van una y otra vez a sitios donde ocurren cosas desagradables, donde no reciben más que decepciones y son rechazadas?

Se miraron fijamente. Era posible, desde luego, que aquella mujer hubiera leído su correspondencia o interrogado a algunos de sus amigos, pues parecía estar al corriente de la relación que mantenía con su novia. Sí, era posible, aunque bastante improbable.

De todas formas, había algo inquietante en su mirada. El soltero tragó saliva y respiró hondo, como si fuera un pez falto de aire, tratando de absorber alguna idea que flotase en la superficie de su estanque, algo ingenioso en defensa de «ciertas personas», algo ingenioso acerca de lo que fuera. Pero desistió, ya que no quería discutir con ella.

—Me parece que yo mismo he sido esa clase de persona —reconoció con una sonrisa irónica, como si estuviese burlándose de sí mismo y eso le permitiera ganar unos cuantos puntos por mostrarse

tan sincero.

Ella no contestó, ni sonrió siquiera, sino que lo miró mientras afloraba a sus ojos una leve expresión de tristeza.

—Menos mal que tenemos gatos que nos enseñan a veces la manera correcta de comportarnos.

Estuvieron bebiendo, charlando y fumando. Hablaron del trabajo de ella, del pasado de él, de la sensación que compartían de encontrarse en una encrucijada y de su incertidumbre sobre el futuro. También rieron mucho.

Ella era divertida y poco dada a criticar. Él hizo el tonto, olvidándose de su sentido del ridículo, lo cual no se permitía desde hacía mucho tiempo. Escucharon Bach y Gershwin, bailaron con la música de éste y después lo intentaron con la de aquél. Rieron un poco más y el soltero se sorprendió de encontrarse tan a gusto en su propia casa.

A la mañana siguiente tomaron café y fingieron tener algo más importante que hacer que pasar el día juntos. Él le mostró el juego con la caña de pescar que había enseñado a la gata. Ella hizo el papel de persona y, luego, el de gato; bautizó el juego con el nombre de «pesca gatuna» y se pasaron media hora jugando y riendo como locos. Tras tomar la tercera taza de café en el sofá, ella se despidió con ademán algo torpe y a él le costó aceptar su marcha.

Después de acompañarla hasta el coche, el soltero regresó confuso a su casa. Estaba encantado con aquella mujer tan sensata y divertida, e incluso medio enamorado de ella. Sin embargo, le horrorizó que una mujer con un cuerpo semejante despertara tales sentimientos en él. La atracción producida por la novedad se acabaría en poco tiempo, y ¿qué iba a hacer entonces? Observó a la gata, acurrucada en el hueco que la mujer acababa de dejar en el sofá.

Al cabo de un mes, la mujer recibía las llamadas telefónicas en casa de él e iba cambiando poco a

poco la disposición del mobiliario. El soltero descubrió que ella tenía otros encantos aparte de su ingenio.

Estaba dotada de una bondad apabullante que ni los peores ataques de malhumor del soltero conseguían alterar. De algún modo, ella sabía que si refunfuñaba o se mostraba reservado era porque sufría. Consideraba los buenos momentos de él como un regalo dirigido personalmente a ella y aceptaba los malos como una extraña carta que llegaba al destinatario equivocado. Muy pronto la mujer se convirtió en el calor que derretía el hielo que se había formado desde hacía mucho en él.

También poseía, tal como había sospechado el soltero al conocerla, una sensualidad arrolladora. Tras hacer el amor con ella quedaba exhausto, contento y desconcertado. No se parecía para nada a las atléticas bellezas que despertaban su lujuria. Ella no lo excitaba al instante como si activara un mecanismo mágico, que era lo que le ocurría con su

antigua novia. Sin embargo... sin embargo, abrazarla y besarla producía en él una satisfacción tan profunda, que era como si hubiera descubierto una dimensión distinta del amor.

Lo mejor era que aquella mujer lo convertía en un hombre mejor, más ingenioso, amable y feliz. El nudo de ansiedad que le comprimía el corazón se había deshecho.

Pasaban mucho rato juntos sin hacer nada. Un día recorrieron algunos puestos de antigüedades imaginando que tenían un millón de dólares para gastar. En la segunda tienda, ya habían invertido todo el dinero en regalos para el otro. Él le compró un gran broche de diamantes de imitación en forma de lagarto, varios frascos de perfume de cristal y unos enormes pendientes de coral rosado que ella cambió por una pulsera de plástico estilo *art déco*. A él le compró un Mazda, un colosal telescopio de bronce y un daguerrotipo de una mujer vestida con plumas. Como el imaginario millón seguía casi

intacto, compraron un tocador con incrustaciones de marfil, una cama tipo trineo con voluptuosas volutas labradas y un espejo rococó regulable.

Antes de irse, gastaron un poco de dinero real. Él le compró un diminuto alfiler con la foto de Elvis Presley, y ella una postal de una pareja navegando en barca junto a las costas de Jersey.

Esa noche, mientras el soltero preparaba la cena, llamó su antigua novia. Se había acordado de él y quería oír su voz. Lo dijo con tono de lamento, como si los hubieran separado obstáculos insuperables (el Muro de Berlín o la enemistad entre Capuletos y Montescos). La sensualidad de aquella voz rozó la piel del soltero, pero de forma distante e impersonal, como si ella fuera la chica *sexy* de un cartel que se ve fugazmente desde un tren.

Mientras hablaban, él procuró hacer el mayor ruido posible con los utensilios de cocina. Se despidió con la excusa de que estaba preparando la

cena; que ella misma sacara sus propias conclusiones. Después se felicitó a sí mismo y hasta malinterpretó el cosquilleo provocado por aquel pequeño triunfo como una señal de que había acabado con ella.

La mujer oyó parte de la conversación y debió de percibir algo en el tono de voz de él. Le preguntó por ella frunciendo el entrecejo, y el soltero cambió de tema, pues decidió que no valía la pena hacerla sentir insegura.

Una tarde él volvió a abrir las ventanas para dejar que entrara el aire fresco. Expresamente dejó cerrado el ventanal de la parte delantera. La gata, convertida ya en una esbelta adolescente, saltó al radiador y de éste al alféizar que daba a la calle. El soltero sacó varias fotos de ella, cuya silueta se recortaba contra los ladrillos amarillentos del edificio de enfrente.

Salió de la casa para seguir fotografiándola

antes de que anoheciera, y se quedó parado en la acera contemplándola, admirando su pelaje gris, que casi se confundía con la oscuridad del interior.

Se sentía un ser afortunado, hasta que oyó que alguien lo llamaba a unos metros de distancia. Se trataba de un viejo amigo, con el que había mantenido el contacto a pesar de que en los últimos años había cambiado varias veces de ciudad. Se acercaba con un paquete de seis cervezas en la mano.

—Se me ha ocurrido pasar por aquí para ver cómo demonios te va... y para que me lo cuentes todo sobre ese gran romance que dicen que tienes.

Subieron juntos por los escalones del porche y encontraron a la gata inmóvil, tan solemne como una estatua egipcia, justo al otro lado de la puerta.

El soltero dejó la cámara en el suelo para levantar, radiante de felicidad, a su mascota, que no había salido huyendo. Abrir la puerta ya significaba



que él llegaba.

El soltero llevaba a la mujer a las exposiciones de otros artistas, pese a que ella no demostraba excesivo entusiasmo. Una noche, en la inauguración de una muestra que consistía en varios números gigantescos dispuestos sobre pantallas de seda, le pidió que aguardase un instante y fue a hablar con un marchante. Cuando dejó de conversar con éste la saludó con la mano y se acercó a dos hermosas modelos que solían presentarse en actos como aquél. Apenas habían cambiado unas frases cuando advirtió que la mujer estaba a su lado. Ella le tocó el brazo, se presentó a las muchachas, les dijo unas pocas palabras y se lo llevó a un lugar apartado, cerca de un gigantesco seis negro sobre fondo amarillo.

—¿Por qué te has largado de esa forma? —le preguntó.

—¿De qué forma?

A juzgar por la expresión de su cara ella se

sentía como si tuviera que hacerse entender en otro idioma.

—Nada más entrar por esa puerta me echaste prácticamente de tu lado y te fuiste a hablar con otras.

—Sí... sí..., supongo que lo hice —admitió él, avergonzado.

—¿Qué pasa, eh? ¿Es por lo que dije sobre el parecido de ciertas obras de arte con el modo en que adornan los escaparates de los supermercados? ¿O es que te da vergüenza presentarme a tus amigos?

El arte siempre hacía que el soltero se sintiera más sincero. Había oído la historia de un hombre que estaba enamorado de una mujer hogareña al que le incomodaba el que lo vieran en público con ella. El tipo en cuestión solucionó el problema fingiendo que le daban pánico las multitudes. El soltero, que siempre había considerado a aquel individuo un ser despreciable, reflexionó durante un minuto acerca de

si existían puntos de coincidencia con él.

—No. Supongo que es... —De repente se echó a reír.

—¿Qué?

—Bueno, ¿no es eso lo que querías? ¿No preferías que me esfumase y te dejara relacionarte a tu aire? No quería atosigarte.

—No era ésa mi idea, la verdad —dijo ella—. He venido aquí para poder estar contigo. Al menos eso creía, aunque a lo mejor resulta que he venido para ver de qué color se llevan los números este año —añadió con una sonrisa.

Él, todavía molesto, empezó a hablarle de su novia y de que ella siempre insistía en que la dejase sola en las fiestas, porque no quería dar la impresión de «estar atada».

—Pues yo no soy esa novia —replicó la mujer—. Por lo que cuentas, parece que siempre buscaba

a alguien mejor. Seguro que de vez en cuando incluso lo encontraba.

—Sí, la verdad es que sí —reconoció el soltero.

—Apuesto a que hasta te hacía creer que la culpa la tenías tú.

Estaban uno frente al otro, tan cerca que podían hablar sin levantar la voz a pesar del ruido que los rodeaba. Ella dejó su vaso en el suelo y le apretó los brazos por encima de los codos.

—Ella no quería estar contigo, pero yo sí. ¿Estás seguro de que tú también lo quieres?

El soltero se tomó su tiempo para responder, y ella aguardó, porque le gustaba estar con él, claro que le gustaba. Era cierto, él había aprovechado las oportunidades para ligar que le había brindado su novia, pero aquella mujer, aquella mujer quería estar a su lado, porque le encantaba su compañía. Tal vez ésa no fuera la alternativa más sencilla, pero podía

ser beneficiosa.

—Vamos a un sitio más tranquilo —propuso él mientras le daba un breve abrazo. Contuvo el aliento para impedir que afloraran sentimientos indecorosos, sin saber a ciencia cierta qué emoción intentaba contener.

Ya en la calle, echaron a andar cogidos del brazo, en silencio, escuchando el ruido procedente de la galería, que pronto se desvaneció a sus espaldas.

Al doblar la primera esquina la mujer dijo:

—Me ha gustado mucho ese seis, pero no podemos permitirnoslo, claro. Quizá podríamos comprar algo más pequeño, ¿qué te parece un tres, por ejemplo?

Al día siguiente la gata observaba al soltero doblar y clasificar la ropa que acababa de traer de la lavandería. Parecía fascinada por el modo en que

rodaban los calcetines, hechos una bola, después de ser arrojados al montón pertinente que había en un borde de la cama. Resultaba interesante investigarlos, arrojarse sobre ellos, olisquearlos, golpearlos.

El soltero, siempre dispuesto a distraer su atención de la colada, decidió intervenir. Tomó un par de calcetines deportivos blancos hechos una bola y los alejó de la gata con movimientos rápidos y espasmódicos. *Frankie* arqueó el lomo, se apartó, calculó la distancia, hizo una finta con la pata izquierda y brincó hacia el otro lado. De un zarpazo hundió las uñas en el tejido y se colocó boca arriba, con la blanca presa de algodón convertida en una víctima indefensa.

Él se echó a reír, con esa actitud burlona que despierta en nosotros la ferocidad de los seres más pequeños, aunque también estaba impresionado. Fuera cual fuere el sentido de aquel curioso baile, no cabía duda de que la gata lo hacía muy bien. Sí,

era una atleta, una deportista diminuta y peluda que atrapaba todas las pelotas que veía.

Tras soltar él los calcetines, *Frankie*, que había perdido todo interés al advertir que carecían de vida, los soltó también y lo miró como si preguntase: «¿Y bien? ¿Qué viene a continuación?»

El solterón, que no era tonto, captó la idea con considerable rapidez. Tomó los calcetines con el índice y el pulgar, y comenzó a hacerlos botar ora a un lado de la gata, ora al otro; ora delante, ora detrás. El pobre animal se acobardó. ¿Qué era aquello? ¿El abuelo malvado de la criatura que acababa de matar? Se tumbó de nuevo, con las zarpas preparadas, dispuesta a librar una pelea a muerte. La criatura se arrojó sobre ella. Pese a que tenía un tamaño similar al suyo, rodó hacia un costado y la apartó de sí. Se puso rápidamente sobre las cuatro patas y retrocedió de un salto. Miró al soltero, que observaba la escena con una sonrisa, y atacó de nuevo los calcetines. A fuerza de

empujones, golpes y zarpazos los desplazó hasta el centro de la cama y luego los hizo caer al suelo.

Se detuvo y celebró su victoria lamiéndose una pata; parecía una estampa de frío aplomo digna de figurar en un póster.

Aún no satisfecho del todo, el soltero recogió los calcetines y volvió a arrojarlos sobre la cama. Esa vez la gata se abalanzó para agarrarlos, aunque los soltó enseguida. Después volvió a dedicarse al aseo de la pata que, a juzgar por su insistencia, debía de tener muy sucia.

Teniendo presente la regla según la cual los calcetines en movimiento equivalían a diversión y los calcetines en reposo a aburrimiento, el soltero se puso nuevamente manos a la obra. Los calcetines salían disparados, la gata iba detrás de ellos y siempre los atrapaba.

Al soltero le asombró la capacidad que tenía *Frankie* de estar siempre alerta. Reparó en ello al



notar que después de repetir quince veces la operación su propia concentración decaía. Cansado del juego, tiró los calcetines a un lado, acarició a la gata y siguió ordenando la ropa.

Llevaba dobladas dos camisetas y unos vaqueros cuando la gatita se abrió paso entre las prendas arrastrando los calcetines. Tras elegir el mejor lugar, se detuvo, dejó los calcetines, los empujó hacia él con la pata, se acomodó y alzó la vista.

El soltero aprendió rápidamente, y al cabo de un rato los dos jugaban al amo y el perro. Si ella le traía los calcetines, jugaban; si él los tiraba lejos, ella iba a buscarlos. Al cabo de media hora, la gatita se quedó dormida y él se sintió inexplicablemente contento y orgulloso de sí mismo.

Unos días más tarde la mujer volvió de la tienda de comestibles con una pequeña bolsa llena de provisiones y un gran rollo blanco bajo el brazo, que una vez desenrollado, resultó estar formado por los

carteles que habían servido para anunciar las ofertas de la semana.

En uno de ellos figuraba un cuatro estilo art déco en compañía de un nueve que parecía pintado por Rubens; también había dos rollizos cincos y mucho más.

A los dos les gustó el yin y el yang del cartel que anunciaba plátanos a sesenta y nueve centavos el medio kilo, de modo que lo pegaron en la pared encima de la chimenea. Los demás fueron a parar, arrugados, a la misma chimenea, donde él arrojaba el correo comercial.

Se acomodaron en el sofá para dar cuenta del tentempié que él había preparado con lo que ella había traído de la tienda de comestibles, y disfrutaron de su nueva obra de arte al calor de las llamas que producían las ofertas de la semana.

Mientras tanto, hablaron tranquilamente de lo que podrían hacer con los miles de dólares que se

habían ahorrado al no comprar una obra original en la galería de arte.

El soltero consideraba su casa como una cueva sin ventanas, un refugio para él, sus creaciones y, ahora, la gata.

En el recibidor de aquella antigua casa adosada no existían armarios, de modo que el sofá y la barandilla hacían las veces de perchero. En primavera llegaban a acumularse allí cinco o seis chaquetas, que junto con las dos o tres de la mujer se convirtieron en una especie de colonia permanente.

La mujer nunca puso objeciones, aunque no era la clase de persona que deja los abrigos en el sofá. Así que un día, después de incrementar su colección de obras de arte, aportó al mobiliario un largo perchero de madera de brazos torneados que apuntaban extravagantemente hacia el techo.

Apareció con él a cuestas y se lo enseñó. Estaba tan contenta con su adquisición que el solterón sólo

atinó a pestañear con expresión de asombro antes de recoger las chaquetas y colgarlas.

Durante un rato le molestó que aquel objeto tan fino de madera pulida estuviera justo al lado de la puerta, pero al ver a la mujer tan satisfecha, le dio unos golpecitos al perchero y luego la besó.

«Unos días deparan gatitas —pensó—, y otros, percheros».

Más tarde, ese mismo día, sonó el teléfono mientras él estaba absorto en su trabajo.

—¿Lo coges tú? —le pidió a la mujer, pensando: «Ya que amueblas mi casa, responde a mis llamadas».

El teléfono dejó de sonar y al cabo de pocos segundos la mujer asomó la cabeza por la puerta del estudio.

—Si se pone una mujer... —dijo, esperando que él aprovechara su jocoso comentario para explicar

por qué habían colgado. Lo miró, preguntándole en silencio si quería hablar de ello.

No quería ni podía, y eso lo puso de malhumor. La gélida sombra de su antigua novia se abatió sobre lo que quedaba del día.

El soltero y la mujer se sentaron en los escalones del porche, disfrutando de una fresca brisa poco frecuente en las noches estivales. Él bebía una copa de vino blanco y ella un vaso de limonada recién hecha. Dejaron la puerta abierta para ayudar a que la corriente se llevara de la casa el calor veraniego de Filadelfia.

Apenas hablaban; mientras tanto, en el cielo, apareció una estrella, luego diez y después un millar, cuyo brillo superaba en intensidad la luz de las farolas de la calle. De vez en cuando el soltero y la mujer saludaban a alguno de los vecinos, que ya estaban acostumbrados a la presencia de ella en el vecindario, pero la mayor parte del tiempo

permanecían inmóviles, callados, disfrutando de la noche y de su mutua compañía.

El silencio se vio interrumpido por un grave y profundo ronroneo. La gata, que se había alejado al oír que abrían la puerta, se encontraba ahora al lado de la mujer, frotándose contra su pierna.

—¡Si no había salido de la casa desde que la recogí! —exclamó el soltero.

—Seguramente se lo impedía ese montón de chaquetas —bromeó la mujer mientras se la subía al regazo.

La gata miró al soltero, parpadeó y se acurrucó para recibir una sesión de caricias, como si lo más normal en ella fuera salir a tomar el fresco arrullada por el ruido del tráfico.

A la mañana siguiente, el soltero le llevó a la mujer el café a la cama. La gata lo siguió hasta la cocina y después de vuelta a la habitación. Allí se

apostó en el alféizar de la ventana a observar la calle mientras ellos disfrutaban del desayuno y asumían el hecho ineludible de que debían levantarse.

—Voy a comenzar el día dándote una lección sobre gatos —anunció el soltero—. ¿Estás lista?

—A condición de que no me exijas nada difícil, como estar totalmente despierta o lamerme la piel.

—No, ni mucho menos. Voy a enseñarte cómo atraer a un gato con un cebo.

—No creo que los gatos se dejen.

—Sí se dejan, y si me prometes que sólo utilizarás con buenos fines los poderes que voy a transmitirte, podemos empezar la clase.

—Prometido.

Tras dejar la taza de café sobre la mesita, el soltero empezó a emitir una serie de chirridos que habrían impulsado a cualquiera a correr en busca de

aceite lubricante. La gata volvió la cabeza hacia ellos sin mover ni un músculo más de los necesarios.

La mujer dio comienzo a una narración, adoptando un tono de voz que imitaba a partes iguales el de los documentales sobre la naturaleza y el de la serie *Dimensión desconocida*.

—Su presa responde a la llamada con la economía de movimientos típica de su especie.

El soltero metió una mano por debajo de las sábanas y comenzó a mover los dedos.

—*Frankie... Frankie... Frankie...*

—Una vez ha despertado su curiosidad, el cazador de gatos pasa a la segunda fase de su plan —prosiguió la mujer.

La gata giró sobre sus patas traseras y saltó del estrecho alféizar al mueble que había debajo. Con dos ligeros brincos aterrizó con las cuatro patas justamente en el rincón de la cama más alejado del



soltero.

—Una vez la curiosidad vence a la prudencia, el gato se acerca lentamente a la trampa.

El soltero llamó nuevamente a *Frankie* al tiempo que agitaba las sábanas, ahora con un movimiento más lento y sensual. La gata saltó por encima de las piernas de la mujer y se detuvo a una distancia prudencial de la mano del soltero.

—El astuto cazador aprovecha la oportunidad y salta sobre el incauto...

—Oh, no, eso sería contraproducente —protestó el soltero—. Hace algo mucho más inteligente. Observa y aprende.

Mientras la gata daba un vacilante paso hacia delante, él se volvió de espaldas. Acostado de lado, trazó un círculo con la mano sobre su cadera y se detuvo en seco.

—¿Acaso el inteligente cazador no presta

atención a la presa? —preguntó la mujer.

—No, no, tonta, lo que hago es darle a entender que no necesito que venga, que no estoy desesperado ni nada por estilo, que aquí es donde están el amor y las caricias.

Apenas hubo concluido la explicación, la gata se subió a su cadera y se puso a reclamar su atención con ronroneos y restregándose contra él.

—Y ésta, querida, es la manera correcta de hacer que un gato muerda el cebo —anunció el soltero.

—¡Increíble! —exclamó la mujer—. Realmente increíble. ¿Cuánto tardaste en enseñárselo?

—Yo no le he enseñado nada.

—¿No?

—No, fue ella quien me enseñó a mí.

Una mañana, al despertar con la gata instalada

entre los dos, el soltero le comentó a la mujer:

—¿Te has fijado que cuando le sonríes se pone a ronronear?

—Lo que sí he notado —repuso ella— es que siempre que ronronea, tú sonríes.

Ese mismo día, a la hora de comer, la mujer le dijo que ya era hora de que dejase de ocupar la habitación de invitados del piso de su amiga. Quería trasladarse a vivir con él. Lo mencionó como si se diera por sentado. Aunque él también lo había pensado, la propuesta lo pilló por sorpresa.

¿Es que no podían conformarse con seguir... saliendo juntos? Necesitaba más tiempo ¿sabes?, más tiempo para... eh... no lo sé, más tiempo. No dijo que en realidad quería tener vía libre para ligar con más bellezas de cuerpo esbelto. Tampoco comentó que se consideraba un intrépido aventurero, un tipo duro con las mujeres, y que ella iba a destruir para siempre esa imagen.

Poco importaba que en el fondo no fuese un tipo duro, sino un hombre que adoraba a las mujeres. Por el momento, necesitaba tiempo para hacer de duro. Ignoraba que el anhelo de libertad no iba con él, sino que más bien era un tributo artificial a la novia que lo había abandonado. Ignoraba incluso que el deseo de complacer a un amante puede durar más que el amor en sí.

Para ser justos con él, es preciso decir que tal vez no supiera para qué necesitaba tiempo. Mientras miraba a la mujer sentada al otro lado de la mesa, se sentía aterrorizado, y su actitud no era precisamente calculadora.

La mujer se echó a llorar, sin aspavientos, sus ojos, sencillamente, se llenaron poco a poco de lágrimas. Él quiso cogerle la mano, pero ella la retiró. No era de esas que consiguen sus logros recurriendo al llanto.

—Lo siento, lo siento mucho —se disculpó el

soltero—. Es que todo ha ido tan rápido... Necesito tiempo para pensar. ¿Por qué no puedo tenerlo?

La mujer, consciente de la incompetencia general de los hombres, comprendió de pronto el posible origen de ésta. Al margen de lo que pudiera pensar, lo que él sentía en realidad era que completar algo, convertirse en una persona hecha y derecha, supondría una pérdida. Aunque saberlo no iba a servirle de consuelo, decidió que siempre lo tendría presente.

Hablaron durante otra hora. La mujer intentó que imaginase su propio futuro, que reconociese que la presencia de ella hacía que se sintiese alegre. Le pidió café y observó el placer que le proporcionaba preparárselo. Aunque al soltero se le ablandó el corazón, siguió como un imbécil con la misma cantilena: «Necesito más tiempo».

La mujer consideró que había hecho cuanto estaba en su mano. Si seguían hablando se

desilusionaría aún más. Sabía que podía ponérselo más fácil a sí misma haciendo que la conversación degenerase hasta que aquel hombre le inspirara repugnancia en lugar de frustración. De ese modo podría marcharse con alivio, no con tristeza, pero desistió.

—Me encantaría darte más tiempo —dijo. Se puso de pie y añadió—: Te lo daría si lo tuviera..., por supuesto que sí. —En su voz se reflejaba la lenta cadencia de quien descubre la verdad de lo que dice según lo va diciendo—. Te quiero muchísimo, pero no tengo tiempo que darte. Si no me quieres aquí, me iré, lo que no puedo es vivir media vida contigo y la otra media sin ti. Te daré tiempo para que te decidas.

—Iré a ver a una amiga a la que hace tiempo que no visito. Volveré dentro de cuatro días, el sábado, supongo que al mediodía. Te facilitaré las cosas: si estás aquí, pensaré que quieres que me quede; si no, me despediré de la gata, recogeré mis cosas y me marcharé. Me sentiré triste por ti. —Al pronunciar

estas últimas palabras le rozó la mejilla con la mano, y él notó un nudo de tristeza en la garganta.

Ella se sentó por un momento, con la mirada fija en la puerta de la casa. El soltero se sintió zarandeado entre su propio pánico y el dolor de la mujer. Observó sus rollizos brazos, con lo que consiguió insensibilizarse un tanto frente a ella, y se odió a sí mismo por dejarse cegar tan fácilmente.

Al cabo de unos minutos ella hizo las maletas y se marchó.

Esa noche el soltero se quedó en casa hasta tarde, trabajando en varios cuadros de escaso valor comercial e intentando no pensar en la mujer.

Después de cenar, sacó la caña de pescar y se acercó furtivamente a la gata, que dormía. Se agachó detrás del sofá y desde esa posición la rozó ligeramente con el cebo, pero ella lo atrapó casi antes de abrir los ojos. Cuando retiró el cebo, la gata se incorporó y lo siguió por la alfombra para

abalanzarse sobre él justo cuando llegaba al resbaladizo parqué. Se puso panza arriba, aferrada con las zarpas a su víctima. El soltero dejó de mover el sedal y en cuestión de segundos, desconcertada por la súbita muerte de la presa, la gata desistió, volvió a incorporarse y miró a su amo. Entonces apartó el cebo con la pata y, con lo que a aquél le pareció un leve ademán de irritación, se encaminó hacia él. El soltero se sentó en el suelo, colocó a la gata en su regazo y permaneció escuchando los sonidos de la casa durante lo que se le antojó una eternidad.

A eso de la medianoche decidió ir al bar que frecuentaba para distraerse por un rato y charlar un poco con alguien. De haberse hallado en condiciones de sincerarse consigo mismo, habría reconocido que esperaba encontrar allí a la mujer o que alguna otra apareciera para que lo ayudase a no pensar en qué hacer.

La mujer no estaba; se había marchado, y él



notaba la presencia de su ausencia. Se tomó una copa y regresó a casa. Tampoco la encontró allí, pese a las estúpidas esperanzas que se había hecho al respecto. Todo el tiempo que tardó en dormirse estuvo lamentando no poder llamarla. No tenía nada en concreto que decirle ni una decisión que comunicarle, sólo quería oír su voz, romper el hechizo de su ausencia.

Al día siguiente despertó aturdido e inquieto. Se sentó en la cama y se puso a mirar su pequeña colección de fotografías enmarcadas. Las tenía expuestas en el tablón de madera de nogal colocado sobre ladrillos que hacía las veces de mueble auxiliar de la cama, que consistía en un colchón y un somier apoyado directamente sobre la gruesa moqueta del suelo. Había dos fotos de sus padres, una de su tío preferido en traje de montar y otra de un chiquillo de unos doce años de edad. De pie delante de una valla, éste lanzaba una pelota al aire con delicado gesto de malabarista. El tiempo de

exposición al tomar la fotografía había hecho que la pelota pareciese alargada y el niño diera la impresión de estar pendiente de su trayectoria, con la mirada fija en un punto situado unos veinte centímetros más arriba.

El soltero había hecho aquella foto con su primera cámara, cuando contaba once años de edad. Era el retrato de su mejor amigo, un chico llamado David. David había muerto pocos meses después, de una enfermedad infantil cuyo nombre él ya no recordaba. Lo que sí recordaba era que había llegado a imaginar que aquella enfermedad era como un dardo arrojado desde algún sitio y que le había dado a David porque sencillamente tenía que darle a alguien.

David había sido el más avisgado, el líder de la pandilla, el general de los fuertes de la infancia, el capitán de sus expediciones de conquista con las chicas. En contra de lo que suele ocurrir con quienes fallecen siendo niños, David no se había conservado

eternamente joven en la mente del soltero, sino que había crecido a la par que éste. Se había convertido en un coetáneo, en un oráculo, incluso en el custodio de la creencia secreta del soltero en el poder de las fotografías sobre la vida y la muerte.

Sin embargo, ese día ni David ni su retrato pudieron aconsejarle, de modo que se levantó, sintiéndose más vacío que cuando había despertado.

Mientras tomaba una taza de café y jugaba con la gata, sonó el teléfono. Era su antigua novia.

—Hola, he estado pensando en ti.

—¿En serio? —dijo el soltero, animado por el sonido de aquella voz, aunque receloso al mismo tiempo.

—En serio, y muy intensamente, además. Y tú, ¿qué has estado haciendo?

—Un montón de cosas interesantes... La verdad es que he estado muy ocupado.

—¿Sí? Yo también... Se me ha ocurrido que si tienes tiempo podríamos ir a tomar algo esta tarde.

El soltero se preguntó de inmediato cómo interpretaría la mujer el que él fuera a tomar una copa con su antigua novia. Sin duda como una señal de que al fin había tomado una decisión.

Estaría equivocada, por supuesto. El hecho de verse con su antigua novia no era más que una prueba que se imponía a sí mismo. Así que le propuso encontrarse ese mismo día, y ella sugirió un local pequeño y acogedor situado en el otro extremo de la ciudad.

Él llegó adrede con unos minutos de retraso, para demostrarle... no sabía bien qué. Al comprobar que no estaba en el bar, pensó en irse, pero finalmente pidió una bebida y se sentó a la barra, bajo un gigantesco helecho. Su antigua novia se presentó cuando ya casi había acabado. Llegaba jadeante, sonriente, con una bolsa de deporte a

cuestas. Lucía unos diminutos pantalones cortos, una camiseta de tela finísima y unas sandalias de plataforma de cuerda. Conservaba impecable el bronceado y sobre su cabeza reposaban unas gafas rojas de sol en forma de corazón, al más puro estilo Lolita. Seguía tan aniñada, *sexy* y explosiva como en los viejos tiempos. Incluso las dos mujeres que ocupaban la mesa del rincón se volvieron para mirarla, y el discreto nivel erótico del local subió unos cuantos grados.

Ella arrastró un taburete hasta ponerse cerca del soltero, sin hacer caso de la mirada que éste le echó al reloj, y pidió un vodka con hielo, una cereza y una pajita.

—¿Cómo te ha ido? —La radiante sonrisa con que lo preguntó hizo que el soltero volviera a sentir la ardorosa energía que ella solía generar en él.

Le hizo otras preguntas, sobre su trabajo y sobre amigos comunes, aunque no explicó nada acerca de

sí misma ni se interesó por la gata. Hubo profusión de roces de brazos y piernas. Sus mejillas se hundían cada vez que succionaba la pajita. Al cabo de unos minutos, cuando él estaba a punto de apurar su copa, ella cogió la bolsa de deporte y dijo:

—¿Quieres dar un paseíto conmigo? Me gustaría enseñarte algo.

Recorrieron la media manzana de distancia que los separaba del edificio de la esquina, un bloque de tres pisos, de principios de siglo. Un minuto más tarde el soltero se encontraba en el cómodo y soleado apartamento de su antigua novia, quien después de desprenderse de la bolsa se acercó al gran ventanal por el que la luz entraba a raudales.

—¿Qué te parece? —preguntó poniéndose de perfil para que la desnudara el trasluz.

—Creo que es perfecto.

—Quería que me dieras tu opinión —dijo ella

mientras lo tomaba de la mano y lo conducía por un corto pasillo hasta uno de los dos dormitorios.

En la habitación sólo había unas cuantas cajas de cartón, una mesa de dibujo y una lámpara.

—¿Consideras que sería un estudio adecuado para un artista? —inquirió. Se dirigió hacia el rincón opuesto y se agachó de espaldas al soltero para recoger algo del suelo. Tras enderezarse volvió la cabeza y, al sorprenderlo mirándola, soltó una risita. Después giró sobre sus talones y dio un paso hacia él—. ¿Qué te parece? —insistió.

El soltero ya había visto aquella película. Estaban en la escena en que ella se lo ponía en bandeja y le daba la oportunidad de pronunciar una frase ingeniosa, simulando que había sido su firme control de la situación lo que los había empujado a abrazarse con frenesí. Se sentía como si echase chispas, aunque tal vez fuera algo mental. Se planteaba respuestas, sopesaba las opciones; aquella

mujer lo seducía tanto por la pericia con que se le ofrecía como por ella misma.

Él esbozó una sonrisa. Ella sonrió a su vez mientras se quitaba las gafas de sol de la cabeza y mordía una patilla, con la boca entreabierta. Por un segundo él vio a la gata, con lo cual su propia sonrisa se volvió menos fogosa, más tierna.

El soltero avanzó en silencio hacia ella, que adelantó el torso. Estaban separados por un espacio aproximado de un metro y medio. En los ojos de ella apareció lentamente una expresión de impaciencia. Aquella mirada le recordó algo a él, que de pronto se sintió invadido por una oleada de ansiedad y advirtió que casi había dejado de respirar. Tenía que marcharse de allí.

—Debo irme, en serio —anunció mirando el reloj—. Sólo tenía tiempo para una copa. Ya te llamaré.

El soltero notó que se calmaba en cuanto



abandonó la atmósfera climatizada del apartamento y salió a la calle, donde el calor era asfixiante. Aunque no la comprendía, aquella sensación lo puso contento.

Mientras caminaba con los ojos entornados para protegerse del sol de la tarde, trató de recordar el enfermizo sentimiento de ansiedad, casi de agonía, que había experimentado en las pendientes de la montaña rusa de su antigua novia. Sin embargo, el momento tenía una carga de optimismo que se lo impidió. También fracasó en su intento de evocar la enérgica y a la vez prístina presencia de la mujer, así como la calidez que aportaba a su vida. Después puso todo su empeño en dejar de pensar en ambas cosas, y esa vez su esfuerzo no fue en vano.

Cuando llegó a casa lo esperaba un mensaje de su novia: había sido una lástima que tuviera que marcharse tan pronto... Quizá podría ir a cenar y quedarse un poco más... ¿La llamaría para concertar una cita?

Esa noche el soltero llamó a sus dos compañeros de pesca. Cuando llegaron a su casa, les expuso la situación. Estaban sentados a la mesa del comedor tomando unas cervezas mientras la gata los observaba encaramada a un radiador.

—¿Y qué piensas a hacer? —le preguntó uno de sus amigos.

—No lo sé —respondió él.

Dado que aquélla era una manera masculina de pedir consejo, sus amigos se avinieron a dárselo.

—Mira, nunca podrás saber cuál te quiere más, así que debes preguntarte cuál de las dos deja que la quieras más —propuso el divorciado.

—Sí, no se trata de lo que sientes por ellas..., eso es como intentar tomarse la temperatura todo el rato. Tienes que quedarte con la que te haga sentir mejor contigo mismo —convino el otro, que estaba en fase de transición entre dos novias.

Al día siguiente, el soltero canceló todas las citas que había concertado para esa mañana y regresó malhumorado a la cama provisto de cojines y café. La gata, que fue a hacerle compañía, parecía decirle algo que él no acababa de entender. Su mente era un torbellino en el que se mezclaban las imágenes de la mujer y de la novia. La mujer estaría de regreso al día siguiente, por la tarde.

Volvió de lado a la gata con delicadeza y se puso a acariciarle la barriga. Se le ocurrió que el cielo debía de ser un lugar forrado con el pelaje que cubría el vientre de los gatos.

*Frankie* correspondió a sus caricias restregando la cabeza contra su pecho. «Lo mejor de los gatos — reflexionó el soltero—, es que cuanto más los quieres, más te quieren ellos a ti». Inconscientemente se puso a cantarle:

¿Por qué las mujeres

no pueden ser como los gatos?

Entonces, mientras le prodigaba mimos, cayó en la cuenta del gran peso que tenían en su atractivo su gracia y su belleza física. ¡Qué parecida era la novia a la gata y qué diferente la mujer...!

Cuando sonó el teléfono y oyó la voz de su antigua novia, el soltero pensó que era el destino quien lo llamaba. Sin duda, estaban hechos el uno para el otro. Una pasión como la que los unía no existía porque sí.

—¿Qué te parece mañana a la hora del almorzar, a eso de las once? Te tengo preparada una gran sorpresa.

Su tono de voz era dulce, meloso, como el que emplearía una araña con una mosca. Cualquier persona en sus cabales se habría puesto en guardia al oírlo.

El día siguiente era sábado, y la mujer estaría de regreso a la hora del almuerzo, pero él sólo era consciente a medias de aquella inoportuna

coincidencia. Por un instante se acordó del consejo que le había dado su amigo, aunque apenas lo tomó en consideración. Según era su costumbre, se comportó como si aquella sugerencia hubiese estado dirigida a otra persona y no tuviera nada que ver con él. Claro que sí. Su novia había exagerado un poco su actuación, pero no podía negarse que conocía bien a su público.

Así pues, concertaron la cita y el soltero comenzó a sentirse como si una espesa niebla lo rodease. Ya estaba hecho. Al día siguiente almorzaría con su antigua novia, por lo que decidió que no había que darle más vueltas al asunto.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en la mujer, del mismo modo que no se puede dejar de pensar en el fuego de la chimenea si se está a punto de salir a la calle un día de mucho frío. Por eso se puso a trabajar como un poseso.

Fregó el suelo, limpió los cristales y arregló el

desagüe del fregadero. Compró madera para una jardinera que hacía tiempo que tenía pensado hacer y la dejó amontonada mientras se iba a hacer los bocetos de una serie de grabados que había ideado mientras llevaba la madera a casa.

Se olvidó de comer. Realizó cinco entusiastas llamadas a otros tantos directores de galerías de arte. Se sintió tan a gusto hablando por teléfono que lo utilizó también para encargar unas cuantas herramientas para tallar madera que en realidad no se podía permitir.

El caso era que siempre había deseado hacer algo de escultura.

Al anochecer había alcanzado el punto de afinamiento de una cuerda de piano sumamente tensa. Con la cena bebió casi una botella de vino y después llamó a varios amigos. Nadie tenía tantas ganas de charlar como él. Entonces desempolvó unas viejas pesas y las levantó unas cuantas veces.

Interrumpió los ejercicios para tomar algunas notas sobre el magnífico sistema para guardar dibujos que acababa de ocurrírsele.

A las diez, se puso unas zapatillas de deporte y salió a correr un rato. A las diez y media, se encontraba en el bar que solía frecuentar, tomando un Manhattan y extrañándose de que todo el mundo pareciera tan apagado. A las once ya estaba en su casa, dando cuenta del resto de la botella de vino mientras sermoneaba a la gata sobre la importancia de mantener una actitud positiva en la vida.

A la mañana siguiente despertó a las nueve. Se sentía molesto; no había dormido lo suficiente y quedaba demasiado tiempo para la cita. Del rotundo entusiasmo del día anterior no quedaba ni rastro; estaba deprimido, susceptible e irritado.

Al salir de casa se acordó de dejar la puerta abierta por si acaso la mujer se había olvidado la llave. Siempre se la olvidaba, pensó, y sintió un

estúpido arrebató de amor por ella, precisamente ahora que la abandonaba. La mujer encontraría la casa vacía y lo entendería, aunque el soltero se alegraba de no tener que explicárselo. Por un segundo llegó a dudar incluso de que ella fuese capaz de explicárselo a él.

Se apresuró a ahuyentar tal pensamiento y al cerrar la puerta invocó la imagen de su antigua novia. Cruzó la calle con tanta antelación al paso del descapotable negro que se acercaba, lento y silencioso, que dio un respingo al oír el bocinazo, y al volverse vio que el vehículo frenaba de golpe.

El resto sucedió muy rápido. El chillido de espanto y de dolor de la gata, la puerta abierta de su casa, los insultos del conductor. Dio cuatro pasos y allí estaba, pequeña y gris, con el costado posterior derecho del cuerpo atrapado bajo el neumático y, junto a ella, el charco de sangre sobre el asfalto.

Cuando el soltero llegó a la consulta de la



veterinaria, la sangre le había empapado la pechera de la camisa y la mancha empezaba a extenderse por los pantalones. Desde lejos, parecía que el herido fuese él. Notó que los latidos del corazón de la gata eran cada vez más débiles, mientras se dirigía rápidamente a la sala de operaciones dejando atrás a los dos perros que aguardaban en la sala de espera. Los agudos aullidos de aquellos canes de ciudad, inquietos en igual medida por el miedo que percibieron en él como por la sangre de la gata, resonaron en sus oídos mientras depositaba a ésta sobre la mesa.

*Frankie* quedó tendida sobre la superficie de acero, muy quieta. De vez en cuando abría los ojos y le rozaba suavemente la mano con el hocico. La veterinaria se quedó paralizada por un segundo, sacudiendo la cabeza. Se veía a las claras que prefería los pacientes a sus dueños, pero en esa ocasión dispensó al soltero un gesto compasivo. Después tomó una bandeja de instrumentos y llamó a

gritos a su ayudante. La gata no paraba de sangrar. ¿Cuánta sangre podía caber en aquel cuerpecito?

La ayudante condujo al soltero hasta la sala de espera. Él intentó resistirse, pero pronto comprendió que sus protestas sólo servían para interrumpir la labor de la veterinaria. Sencillamente no quería que su gata muriera sola. En la sala de espera, sintió el calor de la sangre en su pecho y miró confuso a los aterrados dueños de los perros.

—La doctora hará cuanto pueda —dijo con voz desesperanzada la ayudante, que había salido de la sala de operaciones. Se quitó la bata de papel y la arrojó al cubo de la basura. Los perros siguieron con la mirada la curva que trazó al caer—. Debe de quererlo mucho. Nunca había visto un gato que hiciera eso, ya sabe, frotar con el hocico a alguien cuando están heridos. Normalmente arañan o muerden.

Lo quería mucho, en efecto, y ahora su gata, su

amiga, la criaturita que le había enseñado a amar, se estaba muriendo, desangrándose por la pata que le había aplastado el coche. Además de no echar la llave al salir, debió de dejar la puerta entornada, y la gata, que antes tenía tanto miedo al exterior, sin duda se escabulló por el resquicio para ir tras él. El soltero se llevó una mano al pecho y dejó escapar un gemido.

Cerró los ojos y la vio salir de la casa y echar a correr para estar en su compañía. Llenó los pulmones con una profunda, anhelante bocanada de aire y advirtió que por primera vez respiraba bien desde hacía más de un día. Notó que su embotamiento se disolvía del mismo modo que se deshace el hielo de los ríos en primavera. Después, el doloroso torrente de la vida inundó su cuerpo. Sintió el amor y la valentía de que había dado muestra la gata al seguirlo. Sintió el dolor de ella y el sufrimiento que le producía su pérdida.

Sintió que le daba vueltas la cabeza. Bajó la

mirada hacia sus manos y luego cerró los ojos con fuerza para protegerse de la luz que entraba por la ventana de la sala de espera. Cuando los abrió, creyó tener la visión de una cara.

El reloj de la sala de espera marcó las doce y cinco. El soltero descolgó el teléfono de la veterinaria y marcó el número de su casa.

# Epílogo

La casa se alzaba junto a un bosque, en la ladera de una herbosa colina. Una asombrosa pared de cristal daba a la pendiente. Sentada en el suelo, bañada por la luz del sol que atravesaba el cristal y los árboles, había una niña de seis años con una gata gris en brazos. La niña mecía a la gata y le murmuraba cosas, como si de un bebé se tratara. El animal tenía el aire resignado de quien se halla atrapado sin remedio: una de sus patas, extrañamente torcida, sobresalía entre los brazos de la niña.

—Papá —llamó la niña dirigiéndose al hombre que estaba en el sofá dibujando en una gran libreta de anillas—, ¿a que mi gatita es la más bonita del mundo?

Cuando el hombre respondió, en su voz no se apreciaba en absoluto que le contrariase el que lo interrumpieran. Más bien parecía como si hubiera

estado matando el tiempo con sus bosquejos, a la espera de que ella le hiciera aquella pregunta.

—Sí, cariño, claro que lo es.

La gata intentó escapar, por lo que la niña la estrujó un poco más, hasta el punto de que al animal parecía que se le iban a saltar los ojos.

—¡Eh!, ten cuidado con mi gata —le reconvino su padre—. Tiene dieciséis años y no es de goma. Ponía en el suelo y trátala como es debido.

La niña la dejó sobre la alfombra e hizo lo que su padre le había enseñado. Acarició suavemente a la gata entre las orejas, pero ésta, recién liberada, decidió darse a la fuga. La niña echó a correr tras ella.

—No, no, cariño —intervino el padre—, hazlo como es debido. Sólo quíerela, no la atosigues tanto.

La niña volvió a sentarse en el suelo y se puso a llamar con sonidos susurrantes a la gata, que luego

de alejarse cojeando unos pasos, se sentó a una distancia prudencial. El hombre, convencido de que en toda la ciudad no había un espectáculo mejor que aquél, se preguntó si tendría algún chisme protector que le impidiera reventar de satisfacción.

La niña siguió susurrando y la gata se incorporó, y se acercó a ella y se detuvo a su lado, sin apoyar la pata torcida, como si quisiese dar a entender que su regreso no era definitivo. La niña tendió la mano y le rascó la cabeza con el dedo índice. El hombre advirtió un destello de luz en los ojos verdes de su hija.

—Mira, papá, la trato como es debido.

—Sí, cielo.

Antes de que la gata se acomodara en el regazo de la niña, una nube tapó el sol y las sombras de la niña y de la gata se desdibujaron hasta desaparecer.

—Papá, ¿verdad que le salvaste la vida una vez?

—Sí, cariño, y después *Frankie* salvó la mía.

—¿Me contarás cómo lo hizo?

—Sí, cielo, claro que sí.

Gato del soltero n. 1: persona, animal o desasosiego que una vez incorporado a la vida de un hombre, facilita su transición hacia un compromiso; (por extensión) aquello que se anticipa o señala el camino hacia un estado superior de evolución. 2: objeto no humano al que se reserva una atención y un afecto especiales.